

de generalizar y hacer de Napoleón el prototipo de una poesía que se define: *arte de levantar el espíritu por la fuerza propia* y esto—que tiene mucho del yanquismo de Marden—no puede aceptarse.

Napoleón no fué un poeta. Su obra no es poesía. Su ejemplo fué muralla perniciososa de individualidad. Lo recordamos como un gran estruendo y como una voluta de humo al viento.

Napoleón hombre es completamente anti poético. Edificó sobre la espuma de las multitudes, y paseó, y se teatralizó, consciente del papel que en su historia debía jugar la teatralidad y la frase. Vuelve a hablar R. W. Emerson: «Es completamente cierto que un hombre que se adapta como Napoleón a la inteligencia de las masas que lo rodean, resulta, no sólo representante sino también monopolizador y usurpador de todas ellas». Véanse los libros llenos de vidas y anécdotas del gran héroe devorados por la mediocridad pretenciosa que los ha elevado a fuente de única cultura; véanse los editores que los multiplican porque saben que el manjar que da el ídolo es de fácil digestión.

*Assez Bonaparte* decimos nosotros como dijo la Francia y la Europa del 1814. *Assez de Napoleón*, América, que bastante daño te ha hecho.

El dinamismo actual debe asentarse sobre otras bases.

#### La leyenda de unos ojos

FUÉ el noble ultrajado el que la arrastró fría y sangrienta hasta el lago. Como, antes de hundirla, los ojos de la muerta, más azules que nunca, lo miraban, duramente, con el pie, reventó los ojos culpables.

Y los ojos, por un milagro incomprendible—son lo único que ha quedado de la muerta. En esta hora de noche, en que todas las estrellas se duermen sobre la paz del lago, se los ve brillar entre los juncos, convertidos en estrellas también. Dan, en la nocturna sombra quebradiza, su luz de un misterio infinito y de una tristeza hondísima: pregonan todo el amor que los obligó a pecar.

Los refleja el azul reposo del constelado cielo con la misma ternura que las aguas azules del lago reflejan los altos luceros incontables.

#### Contrastes

LLEGAN a nuestra mesa, conjuntamente, dos libros: *Una Vida Extraordinaria* de Eduardo Zamacois y *Alsino* de Pedro Prado.

Viene el primero dado a luz por poderoso editor madrileño y con una faja que le canta ditirámicas loas: «Novela como pocas se publican en el

mundo. Del autor hermano de Dickens y de Anatole France». ¡Que impudicia! Viene el otro dado a luz por modesto editor de Chile y sin panegírico alguno. Y el primero es el libro de un comerciante desaprensivo y procaz, y el segundo es una bella obra de arte.

Actualmente, la producción literaria americana está muy por encima de la producción literaria de la Madre Patria. América, en la novela, tiene a Manuel Gálvez, Alcides Arguedas, Tomás Carrasquilla, Roberto J. Payró, Eduardo Barrios, Horacio Quiroga, etc., sin contar muchos otros que deben sernos desconocidos por la dificultad de difusión. España, en la novela, por un Miró, por un Valle Inclán, por un Pérez de Ayala, por un Urabayen, por un Baroja, cuántos Beldas, cuántos Hoyos, cuántos López de Haro, cuántos Retanas, cuántos Caballeros Audaces.

Fue algún tiempo que se suspiraba por Madrid, cabeza intelectual de las Américas. Hoy, sin las posibilidades editoriales, la sabríamos a la altura de las embajadas de arte que de Madrid salen: Zamacois, Villaespesa... (Belda y Dicenta, hijo, preparan viaje).

Dos libros nos han llegado conjuntamente. Aburridos del libro del industrial Eduardo Zamacois—hecho con la trampa de la amenidad—lo tiramos a las treinta páginas. El del poeta Pedro Prado, simple, *no novelesco*, lleno de paisajes y de sugerencias, queda en nuestros anaqueles guardado.

#### El "Prometeo" de Scriabine

EL Maestro Arbós, director de la Sinfónica de Madrid, da una conferencia sobre el músico ruso Alejandro Scriabine antes de lanzar el *Prometeo* del músico al público.

Expectación. El Maestro Arbós habla de la actual anarquía musical y de lo que representa en ella Scriabine:

músico cubista... (¿Cubista, Maestro Arbós?). Habla del color de la música; de los solos orquestales a cargo de *clowns*; de la armonía de la desarmónica; de la música filosófica y teosófica; de los pianos de notas luminosas. —Risas discretas en los oyentes por los atrevimientos de los nuevos—¿Que será Scriabine, después de tanto preámbulo? La espectación sigue. El público va preparándose para comprender o fingir que comprende. ¡Benditos tiempos! Cuán lejanos estamos de los días en que se silbaba a Wagner. Empezó una época nueva, y los oyentes lo sienten y se recogen en un largo silencio abierto... Y el *Prometeo* de Scriabine principia...

—¿Novedad absoluta? ¡No, nó! Tanteo en busca de nuevos medios para expresarse. Hallazgos de fuerza y matiz. Pero el *Prometeo* de Scriabine es, en lo que tiene de eterno, el mismo *Prometeo* de los románticos, nuestro *Prometeo* y será el *Prometeo* de los futuros. Ruge. Es inmenso. Tiene voz de Titán. Habla del Caos. Es tempestad. Más alto que la montaña en la que la ira de Zeus lo encadenó—cuadro de Brocklin tan ancho como la música de Scriabine—no puede empuñarse. La poesía, *única*, lo ha fijado. Y Scriabine llega a la poesía porque sabe y ve al Titán, y nos trae, después, sus rugidos, su mundo, su imagen y—¿por qué no?—las nieblas que velan las cumbres del Cáucaso...

¿Qué nos importan los medios de que se ha valido para lograrlo, si fijó al héroe? Al salir de las manos de Scriabine el Titán vive. Lo volvió a animar. ¿Que lo animó en *cubista*? Lo animó en *arte*.

Que pase Scriabine. Las puertas del Templo le han sido abiertas de par en par.

RAMÓN VINYES

(*La Nación*, Barranquilla).

## La biblioteca del maestro Caso

MÁXIMO Bretal ha lanzado la noticia desde las páginas de *El Universal Ilustrado*: el maestro Caso vende su biblioteca. Se me figura que, así escueta y concreta, la nueva es tan dolorosa como el incendio en el laboratorio de Ernesto Mach. Es otro martillazo que el maestro Caso dispara sobre su Moisés. Y se dijera que hay lágrimas ahora en la efigie. Se dijera que, al saltar en pedazos, el mármol grita dolorido.

Antonio Caso, sin embargo, ha tenido el gesto elegante de quien no le da importancia a la propia amargura. El desdén distinguido de quien se despoja, con una sonrisa benévola, de las

flores mejores de su jardín, de los jardines más perfumados de su alma. Y ha llamado a un librero, y le ha entregado dos mil ejemplares. El librero, el señor Porrúa, se ha cuidado de exponer aquellas obras en sus más severos anaqueles. Y Máximo Bretal ha dado el alerta. Hay allí una colección estupefanda de los griegos. Una edición maravillosa de la *Salambó*. Todos los filósofos alemanes. Todo Turró. Todo Abenjarius. Todo Bergson. Todo Boutroux. Si Carlitos Noriega no acoge la crónica de Máximo Bretal, la ciudad de México no habría conocido la tragedia.

La tragedia, digo. Y no me recti-